

río hacia Ratisbona, ó si iría directamente á Ratisbona tomando el camino transversal de Eckmühl, dió un paso más, formando los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis su izquierda en el Abens, Hohenzollern y los dos cuerpos de reserva su centro en torno de Rohr, Rosenberg su derecha hacia Lancqwaid sobre el gran Láber, y llevando por último la brigada de Vecsay á la extremidad de su línea sus reconocimientos por Eckmühl y Egglofsheim hasta cerca de Ratisbona.

Acercábase el momento de los acontecimientos más decisivos, porque el archiduque estaba por todas partes rodeado de franceses y bávaros, en un país casi impenetrable, donde era muy posible hallarse de súbito con el enemigo encima. Austriacos, franceses, bávaros, wurtembergueses, badenses y hessenses, en número de trescientos ó cuatrocientos mil, iban á chocar en este limitado teatro por espacio de cinco días continuos con inaudito encarnizamiento, estando reservada la victoria, no ya al más valiente, porque todos de una y otra parte lo eran, sino al que mejor supiese salir libre de aquel laberinto de enmarañados bosques, pantanosos barrancos, agrios cerros y profundos valles.

Mientras que los austriacos se aprestaban con estas ventajas á sorprender á los franceses, éstos, felizmente acostumbrados á guerrear y siempre serenos en el peligro, no daban indicios de perder el aliento, aun desde antes de hallarse en posesión de todas sus ventajas. El campo de batalla al cual llegaban por el opuesto lado, se les presentaba en sentido inverso, pero igualmente confuso que al enemigo. A nuestra derecha (izquierda de los austriacos), el mariscal Massena concentrado sobre Ulm con las divisiones de Boudet, Molitor, Carra Saint-Cyr y Legrand, marchaba sobre Augsburgo para reunirse allí con el cuerpo de Oudinot. El mariscal Massena, por disposición del mayor general Berthier, había tomado el mando de todas estas tropas, que no componían más de cincuenta y cinco ó sesenta mil hombres por no haber aún llegado los refuerzos. A veinticinco leguas de distancia, hacia Ratisbona, y por consiguiente á nuestra izquierda y á la derecha de los austriacos, desembocaba el mariscal Davout con el ejército del Rhin, compuesto de las divisiones de Morand, Friant, Gudin y Saint-Hilaire, los coraceros de Saint-Sulpice y la caballería ligera de Montbrún, contando sobre cincuenta mil soldados, los mejores del ejército. La caballería pesada del general Espagne y la del general Nansouty se habían separado ya de su ejército, la primera para unirse al cuerpo de Oudinot, y la segunda para ir á formar la reserva de caballería; no se había efectuado aún por lo tanto la distribución en tres cuerpos, porque la división Saint-Hilaire hubiera debido hallarse á la sazón con el general Oudinot para completar el cuerpo del mariscal Lannes, y el mariscal Massena sólo hubiera debido tener sus cuatro divisiones con los hessenses y badenses.

Por último entre estas dos masas, pero más cerca de Ratisbona que de Augsburgo, hacia Kelheim y Neustadt, hallábanse en número de veintisiete mil combatientes los bávaros guarecidos detrás del Abens, en la selva de Durnbach. Llegaban los wurtembergueses por Ingolstadt en número de doce mil; había, pues, de ciento cuarenta á ciento cincuenta mil hombres, formando una masa dispersa, entre ellos cien mil franceses y unos

cuarenta ó cincuenta mil alemanes. La guardia imperial no había llegado aún, y los refuerzos presentaban en los caminos de la Suabia y de Wurtemberg largas columnas de hombres, caballos y pertrechos.

El mayor general Berthier se había detenido largo tiempo en Strasburgo vigilando la organización del ejército, sin imaginarse que hubiese llegado el momento de hacerle entrar en acción. El 11 de abril, advertido en aquel punto de que los austriacos marchaban hacia el Inn, partió con dirección á las márgenes del Danubio, y llegó el 13 por la mañana á Gmund, y el mismo día por la noche á Donauwerth. Con las noticias contradictorias que le dieron en el camino, dictó órdenes muchas veces opuestas, esforzándose siempre por acomodar los acontecimientos al plan de Napoleón, que consistía, como hemos dicho, en reunir ante todo el ejército sobre Ratisbona, si había tiempo de hacerlo, y sobre Donauwerth si las hostilidades empezaban antes de lo que se había pensado. Llegando de noche á Donauwerth supo el mayor general que el mariscal Davout ocupaba á Ratisbona, que el mariscal Massena y el general Oudinot estaban en Augsburgo, que los austriacos habían marchado con lentitud, que por consiguiente el plan de Napoleón podía llevarse á cabo; y entonces, poniendo bajo las órdenes del mariscal Davout todas las fuerzas que había sobre Ratisbona, y bajo las del mariscal Massena todas las que estaban sobre Augsburgo, creyó que debía verificar la concentración del ejército sobre Ratisbona, y mandó al general Oudinot dirigirse allí. Pero recibió de repente el 14 un despacho de París, en términos ambiguos, en que Napoleón, previendo el movimiento anticipado de los austriacos, le recomendaba que reuniese todas las fuerzas en Augsburgo, si bien dejando al mariscal Davout sobre Ratisbona con parte de ellas; y entonces despachó contra orden sobre el movimiento prescrito al general Oudinot y permaneció en presencia del enemigo hasta el 17 con el ejército dividido en dos masas, una en Ratisbona y otra en Augsburgo, y los bávaros en medio. Empleóse entretanto en ordenar sus distintos cuerpos, mas no se resolvió á tomar un partido antes que llegase el emperador (1).

(1) Algunos historiadores han tratado muy severamente al mayor general Berthier por las órdenes dadas en aquellos pocos días. Nosotros las hemos tenido presentes y leído con mucha atención; las hemos comparado con las de Napoleón día por día y hora por hora, y no hemos podido convencernos de que la censura dirigida al mayor general haya sido justa. Habiendo salido de París con el secreto del plan de Napoleón, que consistía en concentrarse sobre Ratisbona, quiso hacerlo así mandando el 13 al general Oudinot que marchase sobre dicha ciudad; pero habiendo recibido en el camino un despacho telegráfico de Napoleón, que le mandaba replegar todas las fuerzas sobre el Lech y sobre Augsburgo, en caso de que se anticipasen las hostilidades, y dejar en todos casos al mariscal Davout en Ratisbona, permaneció en esta posición hasta la llegada del emperador. Esto prueba la dificultad de dirigir desde lejos las operaciones militares, porque de haberse hallado cerca, hubiera Napoleón mandado á Berthier lo que después mandó al llegar al teatro de las operaciones. Pero cómo había de cargar Berthier con el compromiso de dar una orden tan atrevida como la de concentrar el ejército por medio de un doble movimiento de flanco ejecutado á vista del enemigo? El mismo Napoleón, siendo mero jefe de estado mayor en vez de ser comandante en jefe, no se hubiera probablemente atrevido á hacerlo. Todo lo que puede decirse del uno y del otro es, que Berthier tenía órdenes de que no se atrevió á separarse, y que Napoleón se hallaba demasiado lejos

Felizmente Napoleón recibió con tiempo aviso de lo que ocurría, merced á los medios de comunicación que de antemano tenía dispuestos. En efecto, en la noche del 12 supo el paso del Inn; tomó la posta sin esperar la salida del sol, detúvose el 15 unas cuantas horas en Strasburgo, otro tanto el 16 en Stuttgart, vió y tranquilizó de paso á los reyes alemanes sus aliados, y llegó el 17 por la mañana á Donauwerth, con tiempo suficiente para remediarlo todo.

Aunque no le era á él más fácil que al archiduque Carlos el descubrir la verdad entre los muchos informes contradictorios que recibía, y en un país tan intrincado como aquél, supo por los bávaros el paso de los austriacos en Landshut, y adivinó con su acostumbrada perspicacia que el principal ejército de los enemigos iba hacia el Danubio esperando de atravesarle por entre los franceses reunidos en Augsburgo y los que estaban concentrados en Ratisbona. Penetróse en un instante de esta circunstancia, y tomó su determinación con maravillosa prontitud.

Ofreábasele dos distintos rumbos. Si hubiese podido saberlo todo con exactitud, lo que nunca se verifica en la guerra; si hubiese podido adivinar, por ejemplo, que el archiduque iba á dirigirse á Ratisbona con muchos cuerpos entre sí mal unidos, habríale bastado dejarle seguir su marcha á dicha ciudad, donde le habría detenido el mariscal Davout con cincuenta mil combatientes todo el tiempo que hubiese sido menester, y en seguida dejarse caer sobre las espaldas del generalísimo austriaco con toda la masa de fuerzas reunidas en torno de Augsburgo, con las de Oudinot, de Molitor, de Boudet, los bávaros y los wurtembergueses, es decir, con noventa mil combatientes, ponerle entre dos fuegos y hacer prisionero todo su ejército hasta el último hombre. Verdad es que se hubiera expuesto á diversas contingencias, porque habría dejado al archiduque la ventaja de una posición concéntrica, lo cual se oponía á los verdaderos principios de la guerra: principios que había profesado más que ningún otro capitán, é ilustrado con victorias inmortales. El archiduque, en efecto, colocado entre las dos masas del ejército francés, habría podido batirlas una después de otra, é imponerles la terrible ley que tantas veces había Napoleón impuesto á tantos enemigos diversos. Por otra parte, para llevar á cabo un plan semejante, habría sido necesario estar instruido acerca del estado actual de las cosas más de lo que estaba Napoleón, tener noticias más cabales que las que él tenía acerca del estado moral y material de los dos ejércitos austriaco y francés, de lo que se podía temer del uno y esperar del otro, y finalmente de la marcha del enemigo, porque cuanto más atrevido quiere uno ser, más necesario es que sepa qué empresa va á acometer y con quién va á habérselas. Por esta razón, después de haber meditado un poco este plan (1), prefirió como más seguro el segundo, que consistía en aprovechar el

para modificarlas según las circunstancias que habían sobrevenido. Los acontecimientos nos sorprendieron, pero esto debe imputarse más bien á la política que á la dirección comunicada á las operaciones militares. (N. del A.)

(1) Este hecho se desprende de una conversación que pasó con el duque de Rovigo, el cual la refiere sin sospechar su importancia por ignorar los acontecimientos que ocurrían y las órdenes que Napoleón había expedido. (N. del A.)

tiempo que le quedaba en reconcentrar el ejército, llevando al mariscal Davout de Ratisbona hacia Neustadt, y al mariscal Massena desde Augsburgo hacia el mismo punto. Hecho esto, estaba seguro Napoleón de poder derrotar al enemigo con los ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil hombres que reunía á su disposición, cualesquiera que fuesen las contingencias, porque nunca puede haberlas muy desgraciadas para un ejército bien concentrado que está en disposición de resistir con toda su masa por cualquier lado que se vea acometido. En su falta absoluta de noticias, prefirió, pues, la aplicación de los verdaderos principios á las eventualidades que se le representaban como más brillantes por sus resultados. Pero tampoco dejaba de ofrecer muy graves peligros la súbita concentración que á vista del enemigo tenía que verificarse por medio de una marcha doble de los mariscales Davout y Massena; y para evitarlos aplicó Napoleón todo su genio, ejecutando una de las más bellas operaciones de su larga y prodigiosa carrera militar.

Llegado que hubo el 17 á Donauwerth, sin guardia, sin dependencias militares, sin caballos y hasta sin estado mayor, dictó inmediatamente sus órdenes, echando mano de los primeros oficiales que se le presentaron para transmitirlos, por hallarse á la sazón el general Berthier en Augsburgo.

Mandó primeramente al mariscal Massena que dejase á Augsburgo al día siguiente, 18, de madrugada, para bajar por el camino de Pfaffenhofen al Abens y coger á los austriacos por su flanco izquierdo, reservándose dirigir después la marcha de este mariscal hacia el Danubio ó hacia el Isar, hacia Neustadt ó hacia Landshut, según la posición que ocupase el ejército á su llegada. Mandóle dejar en Augsburgo un buen comandante, dos regimientos alemanes, toda la gente enfermiza y cansada, los víveres, las municiones, y todo lo necesario para defenderse quince días; emprender su marcha esparciendo el rumor de que se encaminaba al Tirol, y bajar luego velozmente hacia el Danubio. Para más estimularle, le escribía Napoleón que nunca había necesitado más de su abnegación y lealtad, concluyendo el parte con estas palabras: *actividad y velocidad*. Al mismo tiempo mandó al mariscal Davout que saliese inmediatamente de Ratisbona dejando en ella un regimiento para custodiarla, que se dirigiese por el Danubio arriba con su cuerpo de ejército, que marchase con prudencia, pero resueltamente, entre el río y la masa del ejército austriaco, y que fuese á incorporarse con él por Abach y Óber-Saal en las cercanías de Abensberg, por donde el Abens desaguía en el Danubio. El mariscal Davout, después de haber destacado tropas para los otros cuerpos, aún podía reunir unos cincuenta mil hombres, por fortuna muy capaces de batirse contra un número cualquiera de austriacos. Acercándolos al Abens, tras del cual estaban acantonados los bávaros, y hacia donde acababan de ser encaminados los wurtembergueses, los coraceros de Nansouty y de Espagne, la división de Demont compuesta de los cuartos batallones del cuerpo de Davout y el gran parque de artillería, iba Napoleón á tener á su disposición noventa mil hombres, muy suficientes mientras llegaba Massena con otros cuarenta ó cincuenta mil. Una vez verificada esta reunión, podía acometer y destruir al grande ejército austriaco en cual-



quiera posición que ocupase, y cualquiera que fuesen sus maniobras.

Tomadas estas disposiciones y comunicadas á los encargados de ejecutarlas, dejó Napoleón á Donauwerth para trasladarse á Ingolstadt, á fin de aproximarse al punto de concentración que acababa de elegir. Sus órdenes instantáneamente expedidas, no tenían mucho que correr para llegar á Augsburgo, de modo que Massena pudo acto continuo atender á sus preparativos en lo que restaba de aquel mismo día hasta la noche para ponerse en marcha al siguiente, 18, de madrugada. Pero la distancia era más que doble desde Donauwerth á Ratisbona, y sólo después de muy entrada la noche recibió por su parte el mariscal Davout las órdenes que le concernían.

Hallábase en aquella sazón este mariscal en las cercanías de Ratisbona con cuatro divisiones de infantería, una de coraceros, y otra de caballería ligera, formando entre las seis, como acabamos de decir, unos cincuenta mil hombres con corta diferencia. Los generales Narsouty y Espagne con la caballería pesada y parte de la ligera, y el general Demont con los cuartos batallones y el gran parque, se habían encaminado por la izquierda del Danubio.

Para reconcentrarse en derredor de Ratisbona había tenido el mariscal Davout muchas dificultades que vencer. En efecto, la división Friant había tenido en su tránsito desde Bayreuth á Amberg un encuentro momentáneo con los cincuenta mil hombres del teniente general Bellegarde. Arrostró con valentía el percance, repeliendo enérgicamente las avanzadas austriacas; y mientras andaba con ellas á las manos, el resto del cuerpo, precedido por la división Saint-Hilaire, se corrió hacia Ratisbona por las orillas del Wils y del Regen. Pasó el día 17, mientras Napoleón despachaba sus órdenes, sosteniendo un vivo cañoneo con los austriacos al pie de los mismos muros de Ratisbona, para dar tiempo al general Friant de verificar su anexión. Ocupando la división de Morand á Stadt-am-hof al otro lado del Danubio en la confluencia del Regen, las detuvo con su decidido continente oponiendo á sus fuegos tremendas descargas. Los proyectiles arrojados desde los puntos elevados, enfilando las calles de Ratisbona, nos mataron algunos hombres de las tropas que atravesaban la ciudad para pasar el Danubio. Una granada acertó á caer entre las piernas del caballo del mariscal Davout, y al reventar mató é hirió á varios caballos de los edecanes que estaban á su alrededor. Los veteranos de las divisiones Morand, Gudin, Friant y Saint-Hilaire, animados de la vehemente exaltación del ejército francés, tenían la cólera pintada en sus semblantes. A vista del mismo mariscal Davout, arrojóse un tirador francés sobre otro tirador austriaco, y después de recibir su descarga le hundió su sable en el pecho.

Necesitaba Davout todo el día 18 para acabar de verificar la incorporación de la división de Friant, y para dirigirse con todas sus tropas hacia la derecha del Danubio, mientras la división de Morand, permaneciendo en batalla bajo los muros de Ratisbona, contuviese á los austriacos de Bellegarde y protegiese el paso del río. Las divisiones de Saint-Hilaire y de Gudin pasaron aquel mismo día de la orilla izquierda á la orilla derecha del Danubio. La caballería pesada de Saint-

Sulpice hizo otro tanto, y la caballería ligera dirigida por el valiente y entendido Montbrún hizo varios reconocimientos en todas direcciones, hacia Straubing, hacia Eckmühl y hacia Abach, para proporcionarse noticias del archiduque, pues el mariscal Davout se hallaba entre los cincuenta mil hombres procedentes de Bohemia y la masa principal de los austriacos que avanzaba desde Landshut por la vía de Eckmühl. Tenían por objeto estos reconocimientos explorar todos los caminos de la orilla derecha por donde se proponía el mariscal Davout subir el Danubio. Habría sin duda podido subirle por la orilla izquierda, donde los austriacos no habían penetrado todavía, la cual estaba ocupada por nuestros destacamentos y convoyes; pero los caminos eran por aquel lado intransitables, y conducían á mucha distancia del punto de concentración designado por Napoleón entre Ober-Saal y Abensberg. Prefirió el mariscal Davout por lo tanto seguir por la orilla derecha, aunque accesible al enemigo, porque las comunicaciones eran más expeditas y conducían más directamente á su objeto. Sabía que el archiduque iba á flanquearle durante su marcha, pero contaba con tropas tan firmes y resueltas que no temía la embestida, y menos aún verse repelido al Danubio; y era seguro que si los austriacos las acometían sabrían tomar el desquite sin dejar por eso de incorporarse puntualmente con el emperador en el punto señalado.

Había que asaltar por el recuesto las enmarañadas alturas que separaban del Danubio los valles del grande y pequeño Láber, atravesarlas, y bajar á presencia de los austriacos por la vertiente opuesta, que conducía á Abensberg sobre el llano del Abens, adonde quería Napoleón atraer todas las reliquias dispersas de su ejército. Para recorrer esta distancia ofrecíanse diversos caminos.

A la derecha del mariscal Davout estaba la gran calzada de Ratisbona á Ingolstadt, que seguía constantemente por la orilla del Danubio é iba por Abach y Ober-Saal á parar á Abensberg. Era espaciosa y excelente, pero encallejonada entre las montañas y el Danubio. Bien hubiera podido el mariscal Davout ir por ella; pero si le hubiera sorprendido el enemigo en el desfiladero que formaba se habría visto expuesto á un desastre, por lo cual la reservó para sus bagajes y sus carros de artillería, haciéndola custodiar por un batallón de infantería que de antemano había ido á ocupar los principales pasos. Presentábase á la izquierda la calzada transversal de Ratisbona á Landshut que atravesaba el gran Láber en Eckmühl. También este camino era ancho y cómodo, pero tenía el inconveniente de ir á dar de lleno donde estaba el enemigo. Sólo en el caso de querer empeñar una gran batalla debía tomarse esa vía, y no era este el objeto que se buscaba sino únicamente la concentración de las tropas; pero envió por él el mariscal Davout su vanguardia, compuesta de cuatro regimientos de cazadores y húsares y de dos batallones del 7 ligero mandados por el general Montbrún para observar á los austriacos y tenerlos ocupados durante la marcha que se iba á ejecutar. Había entre estas dos grandes calzadas otros caminos y sendas que comunicaban con los pueblos y aldeas de aquella comarca, pasando de una vertiente á otra y atravesando aquellas elevaciones, y se reservaron para el grueso del ejército.

Enviáronse las dos divisiones de Friant y Gudin que formaban la primera columna, precedidas y seguidas por los coraceros de Saint-Sulpice, en la dirección de Burg-weinting, Wolkering, Saalhaupt y Ober-Feking. Las dos divisiones de Saint-Hilaire y Morand que formaban la segunda columna, precedidas y seguidas por los cazadores de Jacquinet, fueron enviadas en dirección de Ober-Isling, Gebraching, Peising, Tengen y Unter-Feking. Marchando así las dos columnas una junto á otra, debían llegar al recuesto de los montes que separan el gran Láber del Danubio, unirse á la salida del desfiladero de Abach, hacia Ober-Saal, con la columna de los bagajes, y desembocar enfrente de Abensberg, cerca de los bávaros, con grandes probabilidades de no ser vistas por los austriacos por lo muy arbolado, enmarañado y montuoso del país. Empeñada la vanguardia en la carretera de Eckmühl á Landshut, y expuesta por consiguiente á caer de frente sobre la masa principal de los austriacos procedentes de Landshut, debía ir avanzando con prudencia, y después de haberse servido para encubrir la marcha de las dos columnas de infantería, dejarse caer á la derecha para ir al punto de reunión asignado á todo el cuerpo del ejército.

Tomadas estas disposiciones con tanta firmeza como prudencia, mandó el mariscal Davout emprender la marcha en la mañana del 19 de abril. Durante el día 18 acabó la división de Friant de atravesar á Ratisbona, y aquella misma noche después de cruzar por los puentes de la ciudad fué á reunirse con el resto del ejército en la orilla derecha. El mariscal Davout había reservado para el 63 de línea el encargo peligroso de custodiar á Ratisbona contra los numerosos ejércitos que iban á embestirla por las dos orillas, izquierda y derecha. Habíale mandado que cerrase las puertas, cortase con barreras las calles y se defendiese encarnizadamente hasta que fueran á libertarle, lo cual no podía tardar mucho.

El 19 al rayar el día comenzaron las cuatro columnas del ejército la marcha dificultosa que les estaba prescrita, con los bagajes á la derecha en la dirección del Danubio, dos columnas de infantería al centro por caminos transversales, y la vanguardia á la izquierda por la carretera de Ratisbona á Landshut y vía de Eckmühl. Habiendo salido los franceses de madrugada é internándose entre cerros y monte cerrado, no divisaron al principio ninguna fuerza enemiga; sin embargo era forzoso que ocurriese en breve algún reencuentro, porque era imposible que tropas tan numerosas que maniobraban á tres ó cuatro leguas de distancia unas de otras, no acabaran por descubrirse y chocar. En efecto, el archiduque Carlos en aquel momento, habiendo pasado el día en el campamento de Rohr, sobre la mesa que separa al Abens del gran Láber, y á la falda misma de las alturas que los franceses estaban atravesando, acababa de fijar sus resoluciones. Convencido de una manera cada vez más positiva de que el mariscal Davout estaba en Ratisbona, había adoptado el partido de dirigirse allá el 19 dando las siguientes disposiciones: el general Hiller, que formaba la extrema izquierda con su cuerpo y la división de Jellachich, debía pasar de Maimburgo hacia Siegenburgo, reunirse con el archiduque Luis que había quedado sobre Abensberg con su cuerpo y el segundo de reserva para defender el Abens; el archiduque Carlos, seguido por el cuerpo de Hohenzollern á

excepción de unos cuantos batallones situados como de observación en Kirchdorf bajo el general Thierry, por el cuerpo de Rosemberg y por el primer cuerpo de reserva y la brigada de Vecsay, que formaban juntos una masa de setenta mil hombres, debía dirigirse sobre Ratisbona después de dejar á su izquierda al general Hiller y al archiduque Luis más de sesenta mil. Así, mientras Napoleón hacía los mayores esfuerzos por concentrar su ejército, el generalísimo austriaco dispersaba el suyo por un espacio de más de veinte leguas entre Munich y Ratisbona. Púsose en movimiento en la mañana del 19 al mismo tiempo que el mariscal Davout y con un orden de marcha casi semejante. Dos columnas de infantería, la una formada por el cuerpo de Hohenzollern, y la otra por el cuerpo de Rosemberg y los granaderos de la reserva, debían levantar el campo de Rohr, avanzar por las alturas que iban atravesando los franceses, la primera por Gross-Muss, Hausen y Tengen, y por Lancqwaid, Schneidart y Saalhaupt la segunda. La brigada de Vecsay, otra brigada perteneciente al archiduque Luis, la caballería ligera y la caballería pesada destacada de la reserva debían marchar sobre Ratisbona por el camino de Landshut, ó lo que es lo mismo, por Eckmühl, y probablemente empeñar la acción con la vanguardia del general Montbrún.

Nuestra marcha había empezado con el alba: de nuestras cuatro columnas, la de bagajes que iba siguiendo la orilla del Danubio al amparo de las alturas y de la masa principal de nuestras divisiones de infantería, no podía tener encuentro con el enemigo; y las dos columnas de infantería, la de la izquierda, que formaban Gudin y Friant, y la de la derecha en que iban las tropas de Morand y de Saint-Hilaire, ambas precedidas y seguidas de caballería, caminaron mucho tiempo sin descubrir al enemigo. Pero á las nueve de la mañana las cabezas de las dos columnas atravesaron las cumbres, bajaron por el recuesto, y divisaron confusamente varios grupos de tiradores austriacos. La división de Gudin que formaba la cabeza de nuestra columna de la izquierda, y que había desparramado á gran distancia los tiradores del 7 ligero, fué la única que trabó combate con los tiradores austriacos del príncipe de Rosemberg. Defendieron los enemigos con energía el pueblo de Schneidart, pero nuestras tropas, que tenían orden de continuar la marcha, no se detuvieron á tomarlo, y mientras los tiradores del 7 ligero divertían al enemigo con un obstinado tiroteo, Morand y Gudin, que formaban con una parte de la caballería la cabeza de las dos columnas, desfilaron por orden del mariscal Davout, que acudió á escape en persona para acelerar la marcha de sus tropas. Apresuráronse estas divisiones á llegar á Ober-Feking y á Unter-Feking, con objeto de reunirse con la columna de bagajes que acababa de salvar el desfiladero de Abach muy cerca del punto general de reunión señalado al ejército. Los tiradores del 7 siguieron á Gudin después de haberse batido como valientes, y cedieron á los austriacos el pueblo de Schneidart que creyeron éstos haber conquistado (1). Pero como los austriacos seguían adelantando, no podían menos de

(1) Así lo refiere el general Stutterheim en su excelente relación de la campaña de 1809, aparentando creer que los austriacos nos quitaron el pueblo de Schneidart. (N. del A.)



encontrarse con ellos las divisiones de Saint-Hilaire y de Friant que formaban la retaguardia de nuestras dos columnas de infantería. Mientras el cuerpo de Rosenberg atravesaba por Schneidart y se encaminaba hacia Dinzing después de haber peleado con el 7 ligero, el cuerpo de Hohenzollern se iba acercando á Hausen, que acababan de desocupar las últimas compañías del mismo regimiento, entraba en él, y se disponía á ocupar un bosque que en forma de herradura se dibujaba enfrente de Tengen.

En aquel momento, atravesando el general Saint-Hilaire por Tengen con su división, vió enfrente de él y á la vera del bosque á las masas austriacas de Hohenzollern precedidas de un enjambre de tiradores. Habiendo el 10 ligero obligado á éstos á replegarse, el mariscal Davout que se hallaba en aquel instante cerca del general Saint-Hilaire envió por la derecha el 3 de línea y por la izquierda el 57 á apoderarse de la emboscada que enfrente de él describía un semicírculo, y en cuyo centro sobresalía la quinta de Roith. Avanzó rápidamente el 3 cargando el arma bajo el fuego enemigo, pero por haber atacado con excesiva precipitación y antes de haber tenido tiempo de formar, no consiguió su objeto, y se vió precisado á emprender un movimiento retrógrado bajo una lluvia de balas y metralla. Entretanto habiendo formado el 57 sus columnas de ataque, se situó á la izquierda del 3 y repelió al enemigo de las colinas que ocupaba delante del bosque. Formado el 3 nuevamente en línea apoyó este movimiento, y entre ambos lograron rechazar á los austriacos á la selva y establecerse sólidamente en el terreno disputado. Al mismo tiempo los otros tres regimientos de la división, el 10, el 72 y el 105, estaban formados á derecha é izquierda, y detrás de Tengen, dispuestos á sostener á los dos primeros. Desgraciadamente la artillería se había retrasado por el mal estado de los caminos y no había más que seis piezas para contrarrestar la pujanza de la artillería enemiga. Viendo el mariscal Davout (1) bien dispuesto el combate por aquel punto, corrió adonde estaban las divisiones de Gudin y Morand, que habían ya desfilado, para cerciorarse de que habían llegado felizmente á Únter y Óber-Feking, para situarlas á su extremidad derecha, y evitar de este modo que el enemigo, cuya posición ignoraba, penetrase por aquel lado hasta el Danubio.

Al extremo opuesto, esto es, á la izquierda, el general

(1) Me ha costado mucho trabajo apurar la verdad entre los asertos contradictorios de los que como testigos refieren los sucesos militares; pero nunca tanto como en esta ocasión y especialmente por lo que toca á la acción de Tengen. Tenemos la relación clara, juiciosa y modesta del general Stutterheim, y además otras obras alemanas; tenemos de los franceses lo escrito por el general Pelet y las narraciones inéditas de los generales Saint-Hilaire, Friant y Montbrún; tenemos por último, que es aún más importante, la relación del mismo mariscal Davout. Todos estos escritos se contradicen unos á otros en cuanto á los lugares, las horas y los diversos cuerpos que tomaron parte en la acción. Después de haberlos leído todos hasta cinco ó seis veces, he llegado á establecer los hechos según acabo de exponerlos, y creo que mi narración se aproxima cuanto es posible á la verdad. De lo que estoy enteramente seguro es de haber conservado su verdadero carácter á aquel suceso, que es lo que principalmente exige la historia. Las notas solas que para aclarar este punto he reunido, podrían formar una memoria por el estilo de las que se presentan á la Academia de Inscripciones.

(N. del A.)

Friant, cuya marcha se había retrasado por el mal estado de los caminos, desembocó á su vez sobre Saalhaupt entre las doce y la una de la tarde, y oyendo hacia Tengen impetuosas descargas, se apresuró á tomar posición á la izquierda de la división de Saint-Hilaire con ánimo resuelto de socorrerla. Hizo avanzar el 15 ligero y el 48 de línea á las órdenes del general Gilly para penetrar en los bosques y dejar expedito el flanco de la división de Saint-Hilaire; colocó en la llanura, entre Saalhaupt y Tengen, la segunda brigada de coraceros de Saint-Sulpice, con los regimientos 33, 108 y 111, para defender la extremidad de su línea; y el general Piré, que mandaba un regimiento de caballería ligera, quedó encargado de juntar la división con la vanguardia del general Montbrún hacia Dinzing.

No bien llegó á tiro del enemigo, quiso el general Gilly desalojarle de los bosques á la izquierda de la división de Saint-Hilaire. Internóse en ellos el jefe de batallón Sarraire, con cuatro compañías del 14, y repelió á los austriacos. El 15 y el 48 tomaron de este modo posición sobre el flanco de la división de Saint-Hilaire, y se hicieron salir de los regimientos todas las compañías de cazadores, las cuales trabaron con los tiradores austriacos un tremendo tiroteo.

Mientras se verificaban estos movimientos sobre las alas de la división de Saint-Hilaire, el combate cambió repetidas veces de aspecto en el centro. Al atacar el 33 por la derecha y el 57 por la izquierda, el bosque de forma de herradura en cuyo fondo se divisaba la quinta de Roith, perdieron ambos regimientos mucha gente, y consumieron sus municiones, siendo muy difícil renovarlas por no haber llegado aún los carros de la artillería. En este apuro hizo el general Saint-Hilaire que substituyesen en la línea al 33 el 72, y al 57 el 105, y al instante volvió á empezar el fuego con la mayor violencia. Adelantó el príncipe de Hohenzollern los regimientos de Manfredini y de Wurtzburgo, conducidos por el príncipe Luis de Liechtenstein: hicieron estos regimientos esfuerzos inauditos para desembocar por las extremidades del semicírculo cuyo centro ocupaban los franceses, y todos sus jefes salieron heridos de aquella tentativa; pero el mariscal Davout, que había vuelto á incorporarse con la división de Saint-Hilaire, se situó en el centro con un batallón del 33, y acometió á todos los que intentaban asomar por las extremidades haciendo multitud de prisioneros cada vez que avanzaban en punta los austriacos.

Quisieron entonces los enemigos hacer un esfuerzo sobre la izquierda de Saint-Hilaire, hacia el punto de unión con la división de Friant; púsose el príncipe Luis de Liechtenstein á la cabeza del regimiento de Wurtzburgo, y empuñando una bandera desembocó en columna avanzando en línea recta sobre los franceses. Salió al encuentro el general Gilly con los granaderos del 15 y un batallón del 111, cerró con él á la bayoneta, y le repelió á la primera acometida. Volvió el príncipe Luis á la carga, recibió varias descargas, fué puesto fuera de combate, y fueron ahuyentados los austriacos. Por el frente de la división de Saint-Hilaire intentó el príncipe de Hohenzollern un nuevo esfuerzo; pero nuestra artillería, que acababa de llegar al campo de batalla, contuvo á los austriacos con una lluvia de metralla. Cargó entonces el 10 ligero á la bayoneta, penetró en los bos-

ques que enfrente de nosotros formaban círculo, impelió á los austriacos sobre Hausen, y los forzó á replegarse. Apoyó toda nuestra línea este movimiento, y ya el enemigo iba á ser arrollado contra Hausen, cuando acudiendo el príncipe Mauricio de Liechtenstein al frente del regimiento de Kaunitz, contuvo la furiosa persecución de los franceses. Este príncipe fué herido al salvar á su cuerpo de ejército.

Iba á concluir el día, y entre la confusión de este último reencuentro ni franceses ni austriacos querían cerrar enteramente unos con otros. El mariscal Davout, contento con haber llenado su cometido ocupando sano y salvo las cercanías de Abensberg, y viendo ya su derecha, formada por las divisiones de Gudin y Morand, establecida en el punto de reunión, y su izquierda, que la formaban Saint-Hilaire y Friant, dueña del campo de Tengen, resolvió hacer allí noche como vencedor, esperando para continuar sus movimientos las órdenes de Napoleón. En todas sus partes había sido afortunada su marcha, porque el valiente Montbrún resistió con el mayor denuedo un encuentro con el cuerpo de Rosenberg, y al terminar el día se replegaba con el mayor orden sobre el cuerpo de ejército sin haber padecido el menor descalabro.

Por su parte el archiduque Carlos, espectador de aquella acción, se había mantenido inmóvil en las alturas de Grub con doce batallones de granaderos pertenecientes al primer cuerpo de reserva. Viendo empeñado á la izquierda un combate con Hohenzollern y á la derecha otro con Rosenberg, temió que le cayese encima la masa principal de los franceses, y para reunir todas sus tropas antes de empeñar una batalla general, dejó batir el cuerpo de Hohenzollern sin acudir en su socorro. Era su intención renovar la lid al otro día, después de haber traído á su lado al archiduque Luis que estaba apostado delante de Abens, y de hacer tomar al general Hiller la posición que dejase vacante el archiduque.

Fué aquella jornada muy sangrienta, porque no sólo hubo acción en Dinzing entre Montbrún y Rosenberg, y en Tengen entre Saint-Hilaire y Friant y Hohenzollern, sino además en las posiciones intermedias abandonadas por los austriacos y franceses para poner en comunicación las dos extremidades de su línea. Habíamos perdido doscientos hombres en la vanguardia del general Montbrún, trescientos en la división de Friant, mil setecientos en la división de Saint-Hilaire, unos cuantos hombres solamente en la división de Morand, y por último unos ciento ó doscientos jinetes bávaros: entre todo dos mil quinientos hombres. Los austriacos perdieron quinientos hombres en Dinzing, cerca de cuatro mil quinientos en Tengen, varios centenares en Buch y Arnhofen; entre todos cerca de seis mil (1). Dispersá-

(1) Debemos advertir aquí nuevamente que estos números son tan sólo aproximativos. Los boletines, y los historiadores que los han copiado, fijan con seguridad sorprendente números mucho más altos, pero los juzgamos inexactos. En cuanto á las divisiones de Friant y Saint-Hilaire, tenemos un estado auténtico de las pérdidas que sufrieron. Por lo que hace á los austriacos, los números que señala el general Stutterheim resultan desmentidos por las pérdidas totales que se confesaron al fin de las operaciones que tuvieron lugar sobre Ratisbona. No he conseguido sino después de numerosas comparaciones determinar los números que aquí presento, y que creo tan aproximados á la verdad cuanto es posible. Es-

TOMO VII

ronseles además gran número de soldados. El resultado general en cuanto á la posición de los ejércitos era mucho más importante, porque el mariscal Davout, que había podido verse detenido en su marcha de Ratisbona á Abensberg y quizás precipitado en el Danubio, había conseguido deslizarse por entre el río y la masa principal de los austriacos, había llegado por la derecha á las cercanías de Abensberg y por la izquierda había mordido con fortuna en el centro de los austriacos. Si el archiduque Carlos hubiese marchado en masa cerrada, si no hubiera vacilado tanto por temor á las eventualidades que aquel campo de batalla ofrecía, y también por miedo á Napoleón, habría podido, acometiendo con su reserva de granaderos á Friant y Saint-Hilaire, aturdirlos y causarlos por lo menos un descalabro grave, cuando no derrotarlos completamente por estorbarlo su denuedo y resistencia. Pero desgraciadamente para él aquellos diversos combates sólo le sugirieron razones para esperar inactivo á que las cosas se aclararan, y á que se le acercase su izquierda.

Napoleón sacó muy distinto partido de las ventajas conseguidas por el mariscal Davout. Habiendo bajado de Ingolstadt á Vohburgo en la noche del 19 al 20, supo lo ocurrido aquel día, y montando al punto á caballo se trasladó á escape á Abensberg para hacer personalmente el reconocimiento del campo. Advirtió desde lo alto de aquella misma mesa adonde había mandado que se dirigiesen las tropas de Davout que los austriacos no tenían más que una cadena de destacamentos de escasa fuerza, y mal apostados, para unir las masas que habían peleado en Tengen con las que estaban diseminadas á lo largo del Abens. No sabía precisamente dónde estaba el archiduque Carlos con su principal cuerpo de ejército: si enfrente de Tengen haciendo cara á las divisiones de Saint-Hilaire y Friant, ó á lo largo del Abens delante de los bávaros; pero veía con toda claridad que el generalísimo había dilatado singularmente su línea, y aprovechando las ventajas de la concentración que empezaba á verificarse por su lado desde el afortunado movimiento del mariscal Davout, trató de que sufriesen los austriacos las consecuencias de la dispersión que imprudentemente habían arrostrado. Tomó, pues, inmediatamente las siguientes disposiciones: quitó por de pronto al mariscal Davout una parte de su cuerpo, dejándole las divisiones victoriosas de Saint-Hilaire y Friant con las tropas ligeras de Montbrún (entre todo veinticuatro mil hombres); tomó también las divisiones de Morand y Gudin acampadas aquella noche entre Únter y Óber-Feking, los coraceros de Saint-Sulpice y los cazadores de Jacquinet, y los puso provisionalmente bajo las órdenes del mariscal Lannes, que acababa de llegar. Encargó mucho al mariscal Davout que se mantuviese firme en Tengen, resistiendo cualquiera nueva acometida, para que el ejército pudiese girar sobre aquel punto con objeto de romper el centro enemigo é impelerle sobre Landshut. Mandó al mariscal Lannes que

ta advertencia, que no volveremos á repetir, deberá servir para todo el resto de la presente historia. Nos limitamos á reiterar la afirmación de que sólo es posible obtener una verdad aproximativa en las relaciones y partes de las acciones de guerra, sobre todo tratándose de números, y que abrigamos la presunción de haber penetrado la verdad absoluta. Pero añadiremos sin embargo que no hemos omitido diligencia alguna para investigarla. (N. del A.)

75